

**El inglés como lengua internacional. ¿Nuevos modelos de pronunciación?
(Plenaria en el XXX International AEDEAN Conference. Universidad de Huelva).**

Rafael Monroy Casas
Universidad de Murcia

Escribía R. Kipling en 1889 que ‘The American I [he] have heard up to the present is a tongue as distinct from English as Patagonian’ (OED). Pronunciamientos tales como ‘English spoken; Australian understood’ (O’Hogue’s Tooper, 1990), ‘English spoken; American understood’ (*Daily Chronicle*, 1908) o los más recientes sobre movimientos como el ‘ebónico’¹ ponen de manifiesto esa tensión latente entre la variación lingüística de una lengua como el inglés y el temor a su posible fragmentación. La constatación de que existen ‘multiple and variable standards....and each as ‘correct’ as any other’ que hiciera Quirk (1985: 2-3) viene a poner de relieve el hecho de una realidad lingüística que si por algo se caracteriza, a nivel hablado, es por la ausencia de un –para algunos- deseable monolitismo como el que en cierto modo encontramos en el inglés escrito. Por otra parte, es un hecho incuestionable que el 80% del tráfico en Internet se realiza en inglés; que dos de cada tres científicos escriben en inglés; que hay un colectivo de casi mil millones de lo usan como lengua segunda o lengua extranjera, de lo cuales solo unos 350 son hablantes nativos. Desde esta perspectiva, hay que convenir con Widdowson (1997) que el inglés como lengua internacional (EIL) es una realidad.

El temor se centra, sin embargo, no tanto en la posible fluctuación que pueda experimentar el inglés como lengua escrita (bastante estable) cuanto en la variación que se observa en la modalidad oral del sistema. Esta situación ha empezado a tomar cuerpo reflejándose en el modo cómo el inglés ha pasado a ser etiquetado recientemente. Así nos encontramos con títulos como *The English Languages* (McCarthy, 1998), pluralización de la que también se hace eco Görlach en su *Englishes* (1991), *More Englishes* (1995), *Still more Englishes* (2002) o Jenkins *World Englishes* (2003), que hacen clara referencia a estándares emergentes del inglés en distintas partes del mundo. A esto habría que añadir el temor a un movimiento centrífugo como resultado del influjo de ese gran colectivo de personas que hablan inglés como lengua extranjera o lengua franca.

1. La crisis del ‘pronunciation model’

En estas circunstancias ha surgido la pregunta –impensable hasta hace pocos años- de qué acento inglés aprender en un contexto internacional . Digo ‘impensable’ porque hasta muy recientemente tanto el RP como el GA han sido modelos normativos incuestionables, prolídicamente descritos como variantes acentuales más prestigiosas (Roach, 1999; Cruttenden-Gimson, 2001; Carr, 1999; Giegerich, 1992; Collins & Mees, 2003, etc.). En torno a ellos, ha surgido una industria floreciente que atiende al mejor modo de enseñarlos mediante la explotación de recursos pedagógicos apropiados (Kenworthy, 1987; Brown, 1990; Dalton & Seidhofer, 1994; Pennington, 1996) así como guías prácticas orientadas al alumno tales como las

¹ En el año 2000 un tal Richard Ogar (cito por McCarthy, 1998: 217) escribía lo siguiente: I am absolutely thrilled at the Oakland school district's choice of Ebonics in the language of choice in the classroom. I expect that very shortly we will see N.Y. punks being taught in Brooklonics, Georgia rednecks in Ya'hallonics, Valley girls in Bimbonics, chronic nerds in Siliconics and farm boys in Rubonics. But what most of us need to keep up with the bureaucrats is a thorough understanding of Moronics'

de O'Connor & Fletcher, 1989; Cheepen & Monahagan, 1990; Hewings, 1993; Fitzpatrick, 1995; Kenworthy, 2000, etc.

Estos modelos de pronunciación están siendo puestos en tela de juicio últimamente desde diversos frentes, sobre todo de aquellos que tratan de promover una variedad acentual del inglés en un contexto de *lingua franca*. Por ejemplo, es de todos conocido que la denominación de RP resulta incómoda para un gran número de hablantes británicos debido a la connotación clasista que dicho acento encierra y al escaso número de hablantes que lo habla –el 3% según Macaulay en un artículo con título harto revelador: ‘RP-R.I.P.’ (1988). Indudablemente, el RP lleva parejo el factor ‘prestigio’, como señalan Giles *et al.* (1991); Trudgill (2001) o Collins y Mees (2003) entre otros. Pero el hecho de que se considere un acento único y de prestigio, hablado por un colectivo minoritario de privilegiados (Spencer, 1957) hace que muchos nativos tengan una reacción negativa hacia el mismo. No de otro modo se entiende la búsqueda incesante de una etiqueta más ‘apropiada’ y más en consonancia con el contexto socio-cultural actual. Así nos encontramos con ‘General British’ (Windsor Lewis, 1999), ‘English Standard Pronunciation’ (J. Trim, 1961), ‘Educated Southern English’ (Leitner, 1982), ‘Standard Southern English Pronunciation’ (Tench, 1998) etc.

La actitud de relativizar el papel preponderante que inicialmente se asignara al RP aparece incluso entre sus propios impulsores. El mismo D. Jones, ya en 1950, confesaba en el prólogo de la cuarta edición de su famoso *English Pronouncing Dictionary* (EPD) que ‘It can no longer be said that such a standard exists, nor do I [he] think desirable to attempt to establish one’. Gimson, continuador de la labor de Jones, indicaba en la introducción a la tercera edición del EPD que ‘RP is now only one of a number of acceptable pronunciations’. Entre los autores de los recientes diccionarios de pronunciación británica (EPD editado por P. Roach; *Oxford Dictionary of Pronunciation* de Upton *et al.*, y el *Longman Pronunciation Dictionary* de J. Wells), solamente Wells señala de modo explícito en el prólogo que ‘RP is widely regarded as a model for correct pronunciation’. Upton y colegas, tras puntualizar que ‘RP is not and was not formerly one monolithic accent’, se decantan por un ‘broadcast RP’. Y Roach, tal vez el más crítico a la hora de rechazar el término RP (‘the time has come to abandon the archaic name *Received Pronunciation*’ –escribe en la Introducción), recurre al término ‘BBC English’ para designar la variante británica que describe.

El inglés americano, englobado en la etiqueta de *General American* (GA), comparte con el RP la crítica interna de reflejar una homogeneidad que dista mucho de la variedad real que encontramos en el panorama actual. De hecho, según Preston (2005), existe hoy más variación entre los hablantes del norte y del sur de los EE.UU. que hace cien años. Esta variación está vinculada en gran medida a una población de procedencia diversa y con sustratos lingüísticos muy variados que ha hecho temer a ciertos sectores monolingües por la integridad de la lengua inglesa. Paradójicamente en un país donde casi el 95% habla inglés, el temor ha llegado a tal extremo que ha surgido un movimiento para hacer del inglés la lengua oficial de los EE.UU. por ley. Esto, lógicamente, no sería necesario si no se temiese que dicha lengua esté de algún modo amenazada por otras lenguas cuya expansión va en aumento (caso del español). Crystal (1997) presenta los argumentos principales a favor y en contra de esta decisión. A favor se invocan razones puramente políticas (la disolución de la unidad y la posible gestación de movimientos separatistas); socio-económicas (excesivo costo de una política multilingüe que, además, aminoraría el incentivo para aprender inglés), y también educativas (una educación bilingüe impartida por profesorado con un dominio bajo del inglés daría lugar a un ‘dialecto ghetto’ y, por consiguiente, a una mayor fragmentación social). Quienes se oponen a esta política selectiva señalan que la ley lo único que hace es simplemente restringir sin preocuparse de impulsar un mejor conocimiento del inglés a nivel oral. Señalan que, consciente o inconscientemente, se está fomentando una política elitista y discriminatoria que no protege a las lenguas minoritarias.

Desde fuera, la acusación más generalizada contra el GA es de índole tanto política como sociolingüística: como acento en un contexto de lengua franca es tachado por algunos de servir de correa de transmisión a un discurso maligno y capitalista (Holland, 2002), cuando no de sustentar y favorecer un imperialismo lingüístico (Phillipson, 1992), faceta que comparte con el

RP británico. Es precisamente este rasgo, junto con lo que supone de pérdida de identidad local al usar acentos ajenos, ya se trate del RP, del GA o de otra variante del inglés, lo que ha desencadenado una reacción de antipatía observable en naciones como Ghana o Nigeria. Es más, se da la circunstancia de que, incluso dentro de una misma nación, puede darse una resistencia local a un uso creciente del inglés por derivar dicho uso no de una expansión democrática, sino que obedece a intereses creados de una sociedad elitista. Tal es el caso de la India, Singapur y Hong Kong (Lin, 2005). A diferencia del inglés británico, el impulso del inglés americano llega a ser tan potente que invade incluso otros acentos ingleses hablados por países también exportadores de norma (véase Sonntag, 2003, donde se comparan las actitudes hacia el inglés dentro de EE. UU., Francia, Sudáfrica y Nepal).

2. Modelos alternativos. ¿Qué acento aprender?

Ante la crisis de los modelos clásicos, no es de extrañar que hayan surgido propuestas alternativas más o menos fundamentadas y convincentes en un intento por buscar un modelo de inglés hablado válido a escala internacional². El riesgo de una posible fragmentación proviene no solo de la aparición de variantes internas de difícil comprensión entre sí como es el caso del Ebonics (utilizado en West Oakland, California), el AAVE (African American Vernacular English), el Cubonics (mezcla de inglés y del español cubano), el Tok Pisin (hablado en Papua Nueva Guinea), etc., sino también de la emergencia de estándares hablados en naciones como India, Singapur, Nigeria, Malasia, Pakistán, el Caribe, etc., donde el inglés es lengua segunda. Estas naciones son, en palabras de Kachru (1983) ‘creadoras de norma’ sumándose así a aquellas en las que por ser el inglés lengua materna son, según el mismo autor, ‘productoras de norma’ (i.e. Reino Unido, Irlanda, Canadá, EE.UU., Sudáfrica, Australia y Nueva Zelanda). Los ‘consumidores de norma’ lo constituiría ese gran colectivo de hablantes de inglés como lengua extranjera presentando infinidad de variantes acentuales como resultado del efecto que ejercen las correspondientes lenguas nativas. El resultado es un hibridaje que da lugar a denominaciones específicas tales como Franglais, Japenglish, Spanglish, Chinenglish, etc.). La búsqueda de una base fonético-fonológica común a nivel mundial se convierte de este modo en un tema preocupante para lingüistas y expertos en la didáctica de lenguas sobre el que es ‘esencial tomar una decisión’ como señalan Collins y Mess (2003), puesto que un estándar garantiza indudablemente la mutua comprensión.

Una de las opiniones autorizadas más antiguas es tal vez la formulada por Abercrombie en 1956, quien consideraba al escocés ‘undoubtedly easier for most foreigners’ (1956: 55). Se trata de una propuesta basada en el criterio de facilidad de aprendizaje en un contexto de lengua extranjera. Quirk (2003) entiende que el estándar debía estar basado bien en la modalidad británica RP o en la americana GA, opinión no compartida por Kachru (2003) quien considera que ya es hora de legitimar variedades no nativas en un contexto internacional. Crystal (1995) en *The Cambridge Encyclopaedia of English* sugería el escocés estándar como mejor opción para el estudiante extranjero. Gimson (1978), con la vista puesta también en un contexto no nativo, se atrevió a sugerir la RIP (Rudimentary International Pronunciation) que ha tenido escaso eco. Más recientemente, Modiano (1999) ha sugerido el Mid-Atlantic English como una variedad apropiada en un contexto fundamentalmente europeo. Desde una perspectiva británica, el ‘Estuary English’ se ve como una opción internacional válida al tratarse de una variedad ‘más auténtica’ y por su carácter ‘democrático’ frente al elitismo que caracteriza al RP. Cabría preguntarse si no es mejor opción el ‘mainstream RP’ o ‘RP no marcado’ de Upton *et al.* al ser más englobador que el Estuario –variante cokneyficada del RP (Wells, 1994)- pero este acento, pese a estar sustentado por una amplia base, conlleva una identidad local propia que es rechazada por hablantes de otras regiones. En Ghana, escribe Sey (1973: 1) [tomo la cita de Brown, 1991:5], ‘the type that strives too obviously to approximate to

² No es el inglés el único candidato como lengua franca. El núm. 26 de la *Annual Review of Applied Linguistics* (2006) recoge distintas propuestas de lenguas que pueden servir a este propósito –el español entre ellas (véase Spanish as a Lingua Franca, de J.C. Godenzzi, 100-122).

RP is frowned upon as distasteful and pedantic'. Y según Bambose (1971: 41) [cito de Nuevo de Brown, ibid] 'Many Nigerians will consider as affected or even snobbish any Nigerian who speaks like a native speaker of English'.

Lo anteriormente señalado se refiere mayormente al inglés como vehículo de comunicación internacional partiendo del supuesto clásico de que dicho inglés no ha de ser otro que el hablado por aquellas naciones que lo usan como lengua materna –mayormente las Islas Británicas y Norteamérica en sus variantes estándar. Sin embargo, con miras expresamente universalistas, como 'lengua global', la propuesta más explícita y concreta hasta el presente³ a favor de un tipo de inglés como lengua franca ha sido la formulada por Jenkins, quien establece en el 2000 un 'lingua franca core' (LFC) sobre la base de las ideas de Jenner (1989) y las más elaboradas de Adam Brown (1991) y Clyne (1994). Bryan Jenner había propuesto un 'common core' que sería el resultado de aunar todo lo que los hablantes de inglés de todas las variedades tienen en común para de este modo poder entenderse mejor el extranjero con el nativo. Brown establecía una clara distinción entre inteligibilidad 'internacional' e 'intranacional' y señalaba que 'there is little justification nowadays for taking the native speaker solely as our referente (1991: 47), pero no optaba por un modelo de pronunciación concreto. Será Jenkins quien irá más allá al articular una propuesta sobre una base más empírica. Una propuesta que se asienta en tres premisas fundamentales: a nivel socio-político, la internacionalización del inglés y la desactivación del nativo como referente; a nivel socio-lingüístico, la no priorización de un modelo nativo creando en su lugar uno más genérico; finalmente, a nivel pedagógico, la no sanción de la interlengua de los aprendices siempre que los posibles errores no interfieran con la inteligibilidad, lo que en apariencia aligeraría bastante la carga tanto del profesorado como del alumnado.

Dado el eco que ha tenido la propuesta de Jenkins por lo que supone de novedosa en varios aspectos, analizaremos sus características y viabilidad en las páginas que siguen. Crystal (1997) en su *English as a Global Language*, se había hecho eco del tema en términos generales, afirmando que la globalización del inglés es, en efecto, un hecho incuestionable, expresando sus temores sobre el riesgo de una posible fragmentación. Ve como solución una nueva forma de inglés, el WSSE (World Standard Spoken English), resultado de compromiso entre las distintas variantes del inglés y, en última instancia, entre la pugna del binomio identidad-inteligibilidad. La gente utilizaría formas más dialectales en un contexto más doméstico (identidad), pero recurriría al WSSE siempre que se tratase de comunicarse (inteligibilidad) con personas de otros países. Reconoce, no obstante, –entrevista de 2001– que es aventurado afirmar lo que puede suceder a una lengua hablada por tal número de personas y en tan distintos lugares.

3. ¿Qué nivel de adquisición y quién lo establece?

Conviniendo en que es necesaria una base común de inglés hablado que neutralice el posible riesgo de fragmentación a que hiciéramos referencia más arriba, una pregunta que surge de inmediato es establecer el nivel de adquisición que se supone han de alcanzar quienes aprendan inglés como lengua franca. Queda descartado de entrada, por inviable, el objetivo del dominio pleno al que solo tiene acceso –eso sí, en grado muy variable– el hablante nativo y quienes usan el inglés como lengua segunda. Pero el hecho de que a nivel mundial este idioma sea hablado como idioma nativo, como lengua segunda, y como lengua extranjera produciendo niveles de comprensión muy dispares, nos obliga a establecer un nivel básico de adquisición que no tiene por qué ser el del nativo, puesto que a nivel mundial las transacciones con hablantes

³ Abercrombie (1956) resolvía el tema indicando que 'Standard English' is a 'world language'. Por estándar entendía 'the language of all educated English-speaking people' (1965: 10), que dividía en tres grandes grupos: los que hablan sin acento (hablantes de RP dentro de Gran Bretaña), los que hablan con acento (acentos regionales –muchos de ellos nacionales hoy día; es decir, los hablantes de inglés como L2 y muchos hablantes de inglés como LE), y hablantes de dialecto (se supone –él no lo explicita– que son los que hablan acentos más criollos).

nativos no rebasan el 20% (Prodromou, 1997; Gladdol, 1997). Jenkins hace especial hincapié en este hecho en el diseño de su ‘common core’.

Un criterio recurrente a lo largo de las últimas décadas ha sido el de inteligibilidad, concepto bastante impreciso como señala Brown (1991). El término ha tenido, sin embargo, aceptación por parte de Halliday et al. (1964), Tench (1981), Kenworthy (1987), y la propia Jenkins (2000) entre otros, pese a no existir consenso sobre lo que significa este término ni sobre cómo medirlo (Pickering, 2006). En 1985, Smith and Nelson habían establecido una diferencia entre *inteligibilidad* (habilidad para reconocer tanto palabras aisladas como no), *entendibilidad* (*comprehensibility* –habilidad para comprender el significado de una palabra o emisión), e *interpretabilidad* (o habilidad para captar la intención del hablante). Si bien se trata de una división semánticamente pertinente, en la práctica basta con el concepto de ‘inteligibilidad’ puesto que, desde la perspectiva del no nativo –y no digamos del nativo- si algo resulta inteligible es que también es comprensible así como interpretable, aunque la interpretación no sea plenamente correcta⁴.

En relación con este constructo cabe hacerse dos preguntas fundamentales: de qué tipo de inteligibilidad hablamos y con respecto a quién, es decir, quién ha de ser el referente. El primer interrogante ha producido respuestas tan imprecisas como el propio concepto de inteligibilidad (utilizamos este anglicismo en lugar del término ‘comprensión’ por un mayor mimetismo con el término empleado en inglés). Halliday et al. ya hablaban de inteligibilidad a nivel internacional. Se trataría de un modelo –escriben–

‘mutually intelligible with other varieties of English used by similar professional and educated groups in other countries. This establishes a necessary link between, let us say, “educated West African English”, “educated Indian English”, and educated British or Australian on the practical plane of intelligibility’...(Halliday et al. 1964: 296)

Gimson en 1980 propuso un modelo de ‘minimum general intelligibility’ sobre la base del inventario fonémico del RP y del GA tomando al nativo como referente; mientras que para Kenworthy (1987) –siguiendo a Abercrombie, 1956- se trataría de una ‘comfortable intelligibility’, definiendo ‘comfortable’ como una inteligibilidad que ‘no irrita’. (Abercrombie la definía como ‘a pronunciation which can be understood with little or no conscious effort on the part of the listener’ (1956: 37).

Esta definición nos lleva a nuestro segundo interrogante: que no irrita a ¿quién? La respuesta, hasta cierto punto obvia, sería al nativo. Pero el nativo, aparte de caracterizarse por una escasa tolerancia (Tench, 1981) no sería propietario de esa lingua franca, y por tanto no sería árbitro de la misma. Las posturas difieren en este sentido entre los que consideran que en esa situación de internacionalización deja el nativo de ejercer ese rol pasando a los usuarios. Widdowson, por ejemplo, es rotundo cuando afirma que ‘They [los nativos hablantes de inglés] have no say in the matter, no right to intervene or pass judgement. They are irrelevant’ (1994: 385). Otros, como Trudgill (2005), insisten en que es el nativo el último referente ya que, según él, nadie buscaría a un no-nativo como informante mientras exista un nativo. Pero esto es válido, como replica Jenkins, solamente en un contexto de aprendizaje de acentos nativos como el RP o el GA. Refiriéndose a un inglés internacional, Brown es explícito al respecto al señalar que ‘it is no longer appropriate to express intelligibility purely in terms of the native listener’ (1991: 53). Indudablemente, el parámetro inteligibilidad depende, ya se trate del nativo o no, de una serie de factores extrínsecos al sistema tales como la percepción del oyente, el dominio que este tenga de la lengua materna de quien habla inglés (a más conocimiento, mejor comprensión) , el conocimiento que tenga el interlocutor del tema objeto de conversación, el tipo de contexto en que se produzca la interacción, el canal de transmisión, etc.

La adopción de un modelo de pronunciación que no se corresponda exactamente con una variante nativa será tanto más inteligible cuanto más comprensible sea tanto para los nativos como para los no nativos. Esta aparente obviedad, no lo es tanto si consideramos que el diseño

⁴ Sobre inteligibilidad, véase Lewis, J. (2005, Ed.) TESOL Special Issue: Reconceptualizing pronunciation in TESOL: Intelligibility, World Englishes, and Identity. *TESOL Quarterly*, 39/3: 365-572.

de ese *common core* internacional no debe distar mucho de los modelos nativos, so pena de caer en la paradoja de que el inglés como lengua franca no sea fácilmente comprendido por los propios hablantes nativos. Por otra parte, la *lingua franca* así entendida no conllevaría la asimilación cultural de los hablantes nativos como un hecho concomitante. En otras palabras, el hablante foráneo no tendría la necesidad de ‘converger’ (Giles y Coupland, 1991) con dicha cultura, propiciando en cambio que aflore su identidad étnica y lingüística mediante el uso de rasgos de su sistema materno que no ha de interferir con la inteligibilidad, aspecto objeto de intensa investigación en el momento presente (véase por ejemplo Steidlhofer, 2004 y Steidlhofer *et al.* 2006). Jenkins, de hecho, señala que la variación fonética –uso de la fonética nativa- no es peligrosa siempre que el resultado fonémico sea inglés. La cuestión estriba en saber qué elementos pueden mantenerse por no afectar a la inteligibilidad y cuáles no.

Un hecho que no hemos de perder de vista es lo que Trudgill (2005) denomina el ‘shortfall principle’ en virtud del cual a más concesión fonética se dará menor comprensión. El problema es sin duda más de índole fonética que fonológica, puesto que no hay tanta diferencia entre acentos ingleses fonológicamente hablando (Trudgill, 2005). Finalmente, un factor más a tener presente sería el hecho de que dicha *lingua franca* al no estar asociada con un determinado acento o nación, no contendría rasgos que están altamente estigmatizados en el mundo de habla inglesa como es el caso de la oclusión glotal en Gran Bretaña (Wells, 1984) - aunque según Crystal (2004) se está extendiendo a la clase culta-; la realización de /θ/ /-/ð/ como /t/- /d/ observable en Irlanda, El Caribe, India, Newfoundland, Singapore, etc.; la vocalización de /l/, ‘overtly stigmatized’ según Wells (1982: 314) en el habla londinense, pero que está perdiendo dicho carácter con el avance del Estuary English, a ‘classless dialect’ según el *Sunday Times*, del 14 de marzo de 1993. Como último requisito, el modelo que comentamos debiera resultar más fácil de aprender que cualquier otra variante, puesto que, de lo contrario, el aprendiz se inclinaría por una variante que exija menos tiempo y esfuerzo.

4. ¿Qué contenido?

Lo antedicho nos lleva a considerar el posible contenido fundamental que debiera tener el inglés en su uso como *lingua franca*. Es aquí donde, indudablemente, reside la mayor dificultad a la hora de diseñar un modelo. Los problemas son de índole sociolingüística, lingüística y metodológica. A nivel sociolingüístico, ya hemos dicho que la variación no tiene por qué ser peligrosa si no atenta contra la inteligibilidad. Esto así formulado parece evidente, pero no lo es tanto cuando nos paramos a considerar qué tipo de variación –sistémica, distribucional o léxica- es aceptable y cuál no. Nos hemos referido, igualmente, a la estigmatización de ciertos usos en el sistema. No parece que la roticidad sea elemento marcado (Gimson la proponía de hecho en su modelo, 1980); tampoco el uso de r-intrusa (Trudgill la acepta y Roach no ve problema con su uso), pero hay otros rasgos (occlusión glotal, l-velar) sobre los que no existe dicho consenso.

Desde una perspectiva lingüística, es necesario formular criterios claros que permitan establecer un inventario base de los rasgos considerados importantes. Aquí de nuevo surge el desacuerdo. A nivel segmental, hay que ver qué sonidos son imprescindibles, ya sea sobre la base de su frecuencia, de su carga funcional, de su fonotaxis, de su variación afofónica o de otro criterio, y cuáles no lo son. Desde el punto de vista de la inteligibilidad es preciso conocer, igualmente, qué elementos de cada sistema materno pueden mantenerse y los que hay que erradicar. Un hispanohablante, por ejemplo, utiliza varios procesos que pueden interferir con la inteligibilidad por parte de un oyente desconocedor del español. Tal es el caso de los procesos de adición (e.g. [es'pein] por *Spain*), los de substracción (e.g. [es'tein] por *staying*) o los de sustitución (e.g. ['eβriβoði] por *everybody*, [in dis wei] por *in this way*, etc. –véase Monroy, 2001 para una discusión extensa sobre el tema). Hablantes de otros sistemas como lengua materna, como es el caso del griego, no producen schwa (tampoco los hispanohablantes), no captan la diferencia entre /p/ y /b/ de tal modo que una palabra como *simple* la pronuncian como *symbol* , o tienen dificultades a la hora de distinguir /s/ y /ʃ/ (además, los atenienses en concreto, tienen un estereotipo negativo del segundo fonema y tienden a evitarlo (Kenworthy, 1987). Los

hablantes de chino cantonés y hokkien, por su parte, tienen serias dificultades con /p, t, k, m, n/ en posición implosiva (no los explosionan, manteniendo los labios cerrados); tampoco tienen los sonidos ingleses que ocurren al comienzo de palabras como *this* o *thick*. Y por hablar una lengua tonal, tienen serios problemas en todo lo referente al acento léxico, al ritmo e incluso a entonación; sobre todo en voces polisílabas.

A nivel metodológico, la dificultad radica en establecer una secuenciación adecuada de los contenidos que el estudiante ha de aprender, y dejar claramente sentadas las prioridades pedagógicas. Hasta la publicación del libro de Jenkins (2000) nadie había ido más allá en este sentido. Su propuesta aboga, en primer lugar, por una reducción de la carga de la enseñanza de la pronunciación de modo drástico (criterio de simplicidad a que antes hacíamos referencia) que afecta tanto al docente como al discente; en segundo lugar, elimina una de las preocupaciones que suelen tener aquellos profesores que no siendo nativos puedan sentir complejo por considerar que su acento no es apropiado como modelo pedagógico por no coincidir exactamente con una de las variantes nativas del inglés. Jenkins introduce, además, un tercer componente realmente novedoso: la –permítasenos el barbarismo– ‘enseñabilidad’: el que algo pueda ser o no enseñable. La idea de que algo pueda no ser enseñable la encontramos en Roach (1983), por ejemplo, quien aplica este criterio a la entonación que ve como un componente no enseñable ni aprendible fuera de un contexto nativo. Taylor (1993) comparte esa misma opinión que también suscribe Jenkins. Es más, piensa nuestra autora que aunque se pudiera enseñar entonación en el aula, no cree que los movimientos tonales que use el nativo tengan relevancia en lo que a inteligibilidad se refiere entre hablantes no nativos. En cambio, sí ve plenamente relevante la enseñanza y aprendizaje de la colocación del acento nuclear por considerarlo ‘crucial for intelligibility’ (2000: 153).

4.1 La propuesta de Jenkins: su Lingua Franca Core (LFC)

El trabajo de Jenkins en el sentido de diseñar un núcleo fonológico o LFC es pionero en varios aspectos: De entrada, se trata de una propuesta que se sustenta en datos empíricos utilizando como sujetos a dos japoneses, tres suizo-alemanes, un suizo-francés, un coreano y un taiwanés. No es que se trate de una amplia muestra, pero ciertamente sirve como punto de partida para una investigación más sistemática con hablantes de distintas lenguas (para una visión de los trabajos empíricos llevados a cabo hasta el 2004, véase Seidlhofer (2004)). En segundo lugar, se trata de un modelo que está libre de los estigmas que afectan a otras variedades del inglés (sobre todo, las dos principales). En este sentido se trata de un acento socio-políticamente neutro. En tercer lugar, esta propuesta obvia toda convergencia cultural. ‘The primary contextual feature of ILT –escribe Jenkins (2000: 75)- is, paradoxically, that there are no contextual features –at least in the sense of shared socio-cultural knowledge’. El modelo no contempla, por tanto, un universo socio-cultural compartido entre los interlocutores: solo están movidos por el deseo de comunicarse sobre una base fundamentalmente lingüística. Finalmente el LFC trasciende el marco nativo en el sentido de que no se restringe a una determinada variedad (inglés británico, americano, escocés, etc.), si bien la base es ciertamente RP más GA, puesto que no es posible hacer caso omiso de estos modelos en una propuesta de alcance universalista. Trudgill (2005) entiende, sin embargo, que dicho núcleo es fundamentalmente irlandés o, mejor, Standard Jamaican English. Por otro lado, se da cabida a todos aquellos rasgos fonéticos que aporte cada hablante de su lengua materna siempre y cuando aquellos no afecten a la inteligibilidad –objetivo prioritario. Así, en el caso de las **vocales**, se mantienen los contrastes de cantidad (vocales largas vs. breves –rasgo del RP) pero se permiten timbres ajenos si se utilizan de modo sistemático y resultan comprensibles. Obsérvese en este punto que hay un cambio copernicano en el papel que desempeña la lengua materna: la visión de los años cincuenta era que esta interfería con el aprendizaje de otra lengua, mientras que ahora no se ve como elemento que haya que erradicar puesto que en muchas ocasiones puede servir de ayuda.

El inventario **consonántico** del LFC es similar al del irlandés puesto que se acepta la róticidad (no, como dice Jenkins, la /r/ rótica, pues toda /r/ es por definición rótica). Se trata de

un rasgo que encontramos también en el GA y que se considera más fácil de aprender que un acento no rótico; se mantiene el valor de /t/ intervocálica al igual que la aspiración de las plosivas sordas al inicio de palabra, y no se simplifican los grupos consonánticos en posición inicial de palabra ni /nt/ en posición interna. De nuevo se deja margen para una realización fonética variable del resto de las consonantes siempre que aquella no afecta a la inteligibilidad, puesto que, como afirman Brown *et al.* 'acceptable English...[is] remarkable variable' (1994: 153). El margen más amplio de sustituciones lo tendrían /θ/ y /ð/ dado que estos fonemas no parecen causar problemas de comprensión –de hecho no hay diferencia en irlandés entre /t/-/θ/ y /d/-/ð/ (Trudgill & Hannah, 1994: 92), si bien se trata de una pronunciación estigmatizada (Brown, 1991).

A nivel **suprasegmental** formaría parte del LFC el acento nuclear (es decir, la tonicidad) dado el efecto que tiene en la comprensión (Daniels, 1995), y también la tonalidad o segmentación del discurso en unidades tonales.

Como elementos no nucleares, por tanto no enseñables, tendríamos el timbre vocálico, las formas fuertes/débiles (que aunque importantes en un contexto nativo no lo son en interacciones entre no nativos), las asimilaciones, el acento léxico, el ritmo y la fluctuación tonal del núcleo entonativo. Esta 'función actitudinal de la entonación', es considerada por Jenkins como 'inseñable' en franca oposición a las opiniones de Jenner (1989); Kelly (2000) o Rogers (2000) entre otros. En todos ellos la variación producida por efecto de la lengua materna o la L2 se interpreta como similar a la variación regional que se observa en el inglés como L1 (Jenkins, 2000).

5. ¿Qué viabilidad tiene el LFC? Problemas

Una propuesta como la esbozada por Jenkins no podría por menos suscitar un elevado número de críticas procedentes sobre todo de los hablantes de inglés como L1 y en menor medida de quienes lo hablan como L2. También se han hecho oír las voces de aquellos hablantes de inglés como LE que –quizá malinterpretando a Jenkins- consideran que se trata de un proyecto que no aporta nada especial al panorama actual del inglés, o lo juzgan poco menos que quimérico. Me limitaré a comentar algunos de los problemas que se han apuntado centrándome sobre todo en dos aspectos fundamentales: el papel del nativo y la viabilidad del proyecto.

Comentábamos más arriba que uno de los puntos más controvertidos era el referente al rol que desempeñaría el nativo: si debía o no ser referente último y si era, por consiguiente, propietario de ese inglés como lengua franca. Veíamos que Jenkins y otros autores (Smith, 1976; Widdowson, 1995; Preston, 2005), sostienen que dicho inglés pertenece a todos los usuarios, sin que quepa arrogarse una propiedad sobre el mismo por parte de nación alguna. Esto hace que se elimine la idea de tener que aproximarse lo más posible a las normas del nativo –idea perfectamente válida en un contexto de aprendizaje de inglés como lengua de interacción con hablantes nativos. En este contexto –señala Jenkins- hasta el nativo ha de acomodarse a este tipo de inglés para ser comprendido. Naturalmente, no todos comparten esta visión del problema. Trudgill (2005), en concreto, sostiene que no podemos evitar al nativo, y que este si no es propietario, es ciertamente 'depositario' de dicha lengua. Por otra parte considera 'unfathomable' el que el nativo deba acomodarse a ese tipo de inglés como lengua franca.

La cuestión de la pertenencia y del papel secundario que se asigna en este esquema al nativo choca ciertamente con la intuición que el propio nativo tiene de su lengua. Si de inglés se trata –y la base del LFC lo es plenamente- es difícil pensar que el nativo deba acomodarse a esa variante, del mismo modo que tampoco lo hace normalmente a otros acentos de esta lengua. Cosa distinta es que se constituya en árbitro del inglés como lengua franca. Aquí, por el contrario, el hecho de que dicha variedad no se corresponda exactamente con una variedad nativa concreta no le da derecho a erigirse en custodio de tal variante, y menos aún en el ámbito de la pronunciación. Por otra parte, afirmar que la custodia reside en todos los usuarios no deja de ser una afirmación vacua, puesto que ninguno, ni colectiva ni menos individualmente, tiene capacidad para de algún modo servir de referencia. Tendríamos así el hecho paradójico de que

existiendo un acento inglés utilizado como lengua franca carecería de referente tanto por parte del nativo como del usuario.

El segundo aspecto, relativo a la viabilidad del proyecto de Jenkins, tropieza con la dificultad seria de definir y de establecer un ‘núcleo fonológico’ para ese Inglés Internacional. Los intentos habidos en la India, por ejemplo, para establecer una base de comprensión mutua entre sus hablantes no han sido todo lo positivos que cabría esperar (Bansal, 1990), lo cual arroja dudas razonables sobre la viabilidad de un proyecto así a escala mundial. Quienes, como Jenkins o Seidlhofer (2005) aúnan sus esfuerzos por sacar adelante un proyecto común tratan obviamente de contrarrestar un movimiento en expansión, centrífugo, que conlleva un riesgo real de fragmentación (el ebónico o el cubónico son claros ejemplos) como ya predijeron Sweet, Webster, Quirk o Crystal. Por otra parte, el hecho de que en este proyecto se admitan ciertos rasgos de la interlengua del hablante que usa inglés como lengua extranjera, si bien es positivo en el sentido de que da cabida a acentos locales no nativos aligerando de este modo la carga de aprendizaje, encierra el riesgo de fomentar un paulatino distanciamiento de unos modos de habla iniciales.

Quizá pueda argumentarse que este deterioro no sería tal si se establecen de modo bastante preciso qué rasgos de cada lengua materna no interfieren con la comprensión del oyente. Jenkins y Seidlhofer (2005) invitan en este sentido a llevar a cabo investigación empírica en distintas lenguas, cosa que se está haciendo (véase al respecto el núm. 26 de la *Annual Review of Applied Linguistics* (2006) en el que se recogen investigaciones sobre distintas lenguas –el español entre ellas- como lenguas francas). El proceso, no obstante, es laborioso y no existe garantía plena de éxito: los sistemas lingüísticos no son entes monolíticos e inalterables, sino que predomina más bien la variación dentro de cada uno de ellos, una variación que, por otra parte, se proyecta a lo largo de una línea continua y no en compartimentos estancos. Además de la diversidad aencial que se observa en cada lengua, es precisamente a nivel hablado donde menos fijación existe y donde más notoria es la evolución; esto hace que parámetros lingüísticos que pudieran ser válidos en un momento dado, evolucionen tanto en los acentos nativos (valga el caso del RP y del impacto del Estuario en el mismo como ejemplo) como de los no nativos con toda su casuística de variantes convencionales y no convencionales (broken English, pidgins, lenguajes criollos, etc.). Lo que es evidente es que las lenguas no son susceptibles de manipulación normativa fácil a nivel de habla, y menos en un contexto tan extenso como el mundo en su totalidad. La doble pregunta que surge en un contexto de inglés como lengua franca es ¿significa esto que debemos adoptar una postura pasiva ante los hechos dejando que la lengua pueda llegar a fragmentarse como ha ocurrido con el latín en los siglos pasados, o intervenimos fomentando una variante del inglés en cierto modo artificial como es el LFC arriesgándonos a tener una lengua más, tipo esperanto, carente de funcionalidad? Los riesgos por ambas partes son evidentes. Solo el futuro dirá si la propuesta de Jenkins es viable o no, pero al menos tiene el mérito innegable de haber dado un toque de atención sobre un tema de tan profundo calado como es tratar de sentar las bases para que el inglés tenga futuro como lengua franca.

BIBLIOGRAFÍA

- Abercrombie, D. (1956). *Problems and Principles: Studies in the Teaching of English as a Second Language*. London: Longman.
- Aguirre Ernst, M. (1995). *Los días del futuro. La sociedad internacional en la era de la globalización*. Barcelona: Icaria Editorial.
- Allen, J.P.B. y Widdowson, H.G. (1974). Teaching the communicative use of English.
- Bailey, R.W. and M. Görlach (1983, eds), *English as a World Language*. Ann Arbor, MI: University of Michigan Press, 415-38.
- Bamgbose, A., Banjo, A., and A. Thomas (1995, eds), *New Englishes: a West African perspective*. Ibadan: Mosuro, 9-27.
- Bansal, R. (1990) 'The pronunciation of English in India'. In S. Ramsaran (ed.), *Studies in the Pronunciation of English: A Commemorative Volume in Honour of A. C. Gimson*. New York: Routledge, 219-30.
- Bobda, A. Simo (2001) 'East and Southern African English accents'. *World Englishes*, 20(3), 269-84.
- Brown, G. (1990). *Listening to Spoken English*. 2nd ed. London: Longman.
- Brown, A. (1991). *Pronunciation Models*. Singapore: Singapore University Press.
- Brown, G., Malmkjaert, K., Pollitt, A., y Williams, J. (Eds., 1994). *Language and Understanding*. Oxford: O.U.P.
- Brutt-Griffler, J. (1998). Conceptual questions in English as a world language: Taking up an issue. *World Englishes*, 17 (3), 381-392.
- Carr, Ph. (1999). *English phonetics and phonology: an introduction*. Oxford: Blackwell.
- Cheepen, C. y Monaghan, J. (1990). *Spoken English. A Practical Guide*. London: Pinter Publishers.
- Chew, P.G.-L. (1999). Linguistic imperialism, globalism, and the English language. D. Graddol y U.H. Meinhof (Eds.), English in a changing world (pp. 37-47). Guildford: Aila Review 13.
- Christophersen, P. (1973). *Second Language Learning.: Myth and Reality*. Harmondsworth: Penguin.
- Clyne, M. (1994). *Inter-cultural communication at work: Cultural values in discourse*. Cambridge: C.U.P.
- Collins, B. y Mees, I. M. (2003) *Practical Phonetics and Phonology: A Resource Book for Students*. London: Routledge.
- Cruttenden, A. (2002). *Gimson's Pronunciation of English*. London: E. Arnold.
- Crystal, D. (1997) *English as a Global Language*. Cambridge: CUP.
- Crystal, D. (1999) 'The future of Englishes'. *English Today* 15(2), 10-20.
- Crystal, D. (2001) *A chat with David Crystal. Wordsmith.org* chat transcript Available <http://www.wordsmith.org/chat/dc.htm>.
- Crystal, D. (2002) *Language and the Internet*. Cambridge: CUP.
- Dalton, C. y Seidlhofer, B. (1994). *Pronunciation*. Oxford: O.U.P.
- Daniels, H. (1995). Psycholinguistic, psycho-affective and procedural factors in the acquisition of authentic L2 pronunciation. *Speak Out!* 15: 3-10.
- Deneire, M. y Goethals, M. (1997). Introduction: World Englishes in Europe. *World Englishes*, 16 (1), 1-2.
- Dziubalska-Kolaczyk, K. y Przedlacka, J. (2005, eds.). *English Pronunciation Models: A Changing Scene*. Oxford: Peter Lang.
- Falk, R. (2002). La globalización depredadora. Una crítica. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Firth, A. (1990) "Lingua Franca" negotiations: towards an interactional approach'. *World Englishes* 9(3), 69-80.
- Fitzpatrick, F. (1995). *A teacher's guide to practical pronunciation*. Trowbridge: Redwook Books.

- Foulkes, P. and G. Docherty (1996, eds), *Urban Voices. Accent Studies in the British Isles*. London: Arnold, 230-45.
- Garcia, O. and R. Otheguy (1989, eds), *English across Cultures, Cultures across English: A Reader in Cross-cultural Communication*. New York, NY: Mouton de Gruyter, 335-55.
- Giegerich, H. J. (1992). *English phonology: an introduction*. Cambridge: C.U.P.
- Giles, H., Coupland, N., Henwood, K., Harriman, J. y Couplan, J. (1991). The social meaning of RP: an intergenerational perspective. En *Studies in the pronunciation of English. A commemorative volume in honour of A.C. Gimson* (ed. S. Ramsaran). London: Routledge. 191-211.
- Giles, H. y Coupland, H. (1991). *Language Contexts and Consequences*. Milton Keynes: Open University Press.
- Gimson, A.C. (1980). *An Introduction to the Pronunciation of English*. [3rd ed.]. London: Arnold.
- Gimson, A.C. (1978). Towards an International Pronunciation of English. En Strevens, P. (ed.) *In Honour of A.S. Hornby*, Oxford: OUP, 45-53.
- Golding, P. y Harris, P. (Eds.) (1997). Beyond cultural imperialism: Globalisation, communication and the new international order. London: Sage.
- Graddol, D. (1997) *The Future of English*. London: British Council.
- Graddol, D. (1999). The decline of the native speaker. En D. Graddol y U.H. Meinhof (Eds.), English in a changing world (pp. 57-68). Guildford: Aila Review 13.
- Halliday, M.A.K., McIntosh, A., Strevens, P. (1964). *The linguistic sciences and language teaching*. (Longman Linguistics Library). London: Longman.
- Hewings, M. (1993). *Pronunciation Tasks. A course for pre-intermediate learners*. Cambridge: C.U.P.
- James, A. (1999) 'English as a European *lingua franca*: current realities and existing dichotomies'. In J. Cenoz and U. Jessner (eds), *English in Europe: The Acquisition of a Third Language*. Clevedon: Multilingual Matters.
- Jenkins, J. (2000) *The Phonology of English as an International Language*. Oxford: OUP.
- Jenkins, J. (2005). Misinterpretation, Bias and Resistance to Change: The Case of the Lingua Franca Core. En Dziubalska-Kolaczyk, K. y Przedlacka, J. (2005, eds.). *English Pronunciation Models: A Changing Scene*. Oxford: Peter Lang. 199-210.
- Jenner, B. Teaching pronunciation: the common core, *Speak Out!* 4, IATEFL, 124-132.
- Kachru, B. (1983) 'Models for non-native Englishes'. In L. E. Smith (ed.), *Readings in English as an International Language*. London: Pergamon, 69-86.
- Kachru, B. (1985) 'Standards, codification and sociolinguistic realism: the English language in the outer circle'. In R. Quirk and H. G. Widdowson (eds), *English in the World: Teaching and Learning of Language and Literature*. Cambridge: CUP, 11-36.
- Kachru, Y. (1997) 'Cultural meaning and contrastive rhetoric in English education'. *World Englishes* 16(3), 337-50.
- Kelly, G. (2000). *How to Teach Pronunciation*. London: Longman.
- Kenworthy, J. (1987). *Teaching English Pronunciation*. London: Longman.
- Kenworthy, J. (2000). *The Pronunciation of English: A Workbook*. London: Arnold.
- Leitner, G. (1982). The consolidation of 'Educated Southern English' as a model in the early 20th century. *IRAL*, 20/1: 91-107.
- Lin, A. (2005). Critical, transdisciplinary perspectives on language-in-education policy and practice in postcolonial contexts: The case of Hong Kong. En A. Lin y P. Martin (Eds.) *Decolonization, globalization: Language-in-education and practice*. Clevedon: Multilingual Matters. 38-54.
- Lindquist, H., Klintborg, S., Levin, M. and M. Estling (1998, eds), *The Major Varieties of English. Acta Wexionensis Humaniora No.J.* Vaxjö: Vaxjö University, 79-82.
- Lönnroth, Juhani (2006). From global to local: multilingualism in action, Brussels, (19.09). http://ec.europa.eu/translation/reading/articles/events_en.htm.
- Macaulay, R. (1988). RP R.I.P. *Applied Linguistics*. 9/2: 115-124.
- McArthur, T. (1998). *The English Languages*. Cambridge: C.U.P.

- Milroy, J. and L. Milroy (1985) *Authority in Language: Investigating Language Prescription and Standardisation*. London: Routledge & Kegan Paul.
- Milroy, L. (1999) 'Standard English and language ideology in Britain and the United States'. In T. Bex and R. J. Watts (eds), *Standard English: The Widening Debate*. London and New York: Routledge, 173-206.
- Monroy, R. (2001). Profiling the Phonological Processes Shaping the Fossilised IL of Adult Spanish Learners of English. Some Theoretical Implications. *IJES*, 1: 157-217.
- Modiano, M. (1999) 'International English in the global village'. *English Today* 15(2), 22-34.
- Modiano, M. (2002, ed.), *Studies in Mid-Atlantic English*. Gavle: Gavle University Press, 147-71.
- Nash, R. (1983) 'Pringlish: still more language contact in Puerto Rico'. In B. Kachru (ed.), *The Other Tongue*. Oxford: Pergamon, 250-69.
- O'Connor, J. D. y Fletcher, C. (1989). *Sounds English. A Pronunciation Practice Book*. London: Longman.
- Pennington, M. (1996). *Phonology in English Language Teaching. An International Approach*. London: Longman.
- Pennycook, A. (1994) *The Cultural Politics of English as an International Language*. London: Longman.
- Phillipson, R. (1992) *Linguistic Imperialism*. Oxford: O.U.P.
- Phillipson, R. y Skutnabb-Kangas, T. (1999). Englishisation: One dimension of globalisation. En D. Gladdol y U.H. Meinhof (Eds.), *English in a changing world* (pp. 19-36). Guildford: Aila Review 13.
- Platt, J., Weber H. and Ho, M. L. (1984) *The New Englishes*. London: Routledge & Kegan Paul.
- Preisler, B. (1999) 'Functions and forms of English in a European EFL country'. In Bex, T. and R. Watts (eds), *Standard English: The Widening Debate*. London: Routledge, 239-67.
- Preston, D. R. (2005). How Can You Learn a Language that Isn't There?. En Dziubalska-Kolaczyk, K. y Przedlacka, J. (2005, eds.). *English Pronunciation Models: A Changing Scene*. Oxford: Peter Lang. 37-58.
- Prodromou, L. (1997). From corpus to octopus. *IATEFL Newsletter*. 137: 18-21.
- Quirk, R. (1985) 'The English language in a global context'. In R. Quirk and H. G. Widdowson (eds), *English in the World: Teaching and Learning of Language and Literature*. Cambridge: CUP, 1-6.
- Quirk, R. (1990) 'Language varieties and standard language'. *English Today* 21, 3-10.
- Roach, P. (1983). *English Phonetics and Phonology*. Cambridge: C.U.P.
- Rogers, H. (2000). *The Sounds of Language*. London: Longman.
- Seidlhofer, B. (2001) 'Closing a conceptual gap: the case for a description of English as a lingua franca'. *Journal of Applied Linguistics* 11(2), 133-58.
- Seidlhofer, B. (2003). *Controversies in Applied Linguistics*.
- Seidlhofer, B. (2004). Research perspectives on Teching English as a Lingua Franca. *Annual Review of Applied Linguistics*. 24: 209-239.
- Seidlhofer, B. (2005). Language Variation and Change.: The Case of English as a Lingua Franca. En En Dziubalska-Kolaczyk, K. y Przedlacka, J. (2005, eds.). *English Pronunciation Models: A Changing Scene*. Oxford: Peter Lang. 59-75.
- Seidlhofer, B., Breiteneder, A. y Pitzl, M. L. (2006). English as a Lingua Franca in Europe: Challenges for Applied Linguistics. *Annual Review of Applied Linguistics*. 26: 3-34. New York: C.U.P.
- Smith, L. E. (ed.) (1983) *Readings in English as an International Language*. London: Pergamon.
- Sonntag, S. (2003). *The local politics of global English: Case studies in linguistic globalization*. Langham, MA: Lexington Books.
- Spencer, J. (1957). Received Pronunciation: some problems of interpretation. *Lingua*, 7: 7-29.

- Quirk, R. (1985). The English Language in a Global Context. En Quirk, R, Widdowson, H. (eds) *English in the World: Teaching and Learning the Language and Literatures*. C.U.P., 1-6.
- Taylor, D. S. (1991). Who Speaks English to Whom? The Question of Teaching English Pronunciation for Global Communication. *System*, 19/4, 425-435.
- Taylor, D. S. (1993). Intonation and Accent in English. What Teachers Need to Know. *International Review of Applied Linguistics in Language Teaching* 31/1, 1-22.
- Trim, J. (1961). English Standard Pronunciation. *E.L.T. XXVI*: 28-37.
- Truchot, C. (1990). *L'anglais dans le monde contemporain*. Paris: le Robert.
- Trudgill, P. (1998) 'World Englishes: convergence or divergence?' In H. Lindquist *et al.* (eds), *The Major Varieties of English, Acta Wexionensis Humaniora No. 1*. Vaxjo: Vaxjo University, 29-34.
- Trudgill, P. (2001). Received Pronunciation: Sociolinguistic Aspects. *Studia Anglica Posnaniensia*, 36: 3-13.
- Trudgill, P. y Hannah J. (1994) *International English. A Guide to Varieties of Standard English*. (Third edition). London: Edward Arnold.
- Trudgill, P. and Watts, R. (eds) (2002) *Alternative Histories of English*. London: Routledge.
- Wells, J. (1982). *Accents of English*. Cambridge: C.U.P.
- Wells, J. C. (1994) 'The Cockneyfication of RP?' In G. Melchers and N. L. Johannesson (eds), *Nonstandard Varieties of Language*. Stockholm Studies in English LXXXIV. Acta Universitatis Stockholmiensis. Stockholm: Almqvist and Wiksell International, 198-205.
- Widdowson, H.G. (1997). EIL, ESL, EFL: global issues and local interests. *World Englishes*, 16/1: 135-146.